

lus...». Como se ve las diferencias son nimias, incluso se han omitido algunas que la edición bilingüe del Nuevo Testamento de Stuttgart 1984 había recogido de los trabajos previos a esta 2a edición (Cfr. «Scripta Theologica», 17(1985) (309-311).

Al Prefacio siguen unos «Praenotanda» en los que se explican diversas cuestiones y problemas, surgidos a los largo de la realización de la Neovulgata. Es un relato pormenorizado e interesante, deteniéndose en los libros que más dificultades entrañaron: Pentateuco, Tobías y Judit, Ester, El Salterio, Eclesiástico y Macabeos. En cuanto al Nuevo Testamento se vuelven a exponer los criterios ya conocidos por la edición de 1974 (Cfr. A. García-Moreno, *La Neovulgata, Precedentes y actualidad*, Pamplona 1986, pp. 288ss.). Se destaca el recurso al texto griego del Nuevo Testamento, versión crítica preparada por C. Aland, M. Black, C. Martini, B. Metzger y A. Wikgren. Respecto al texto latino de la Vulgata se ha enido presente la edición preparada por B. Fischer, J. Gribomont, H.F.D. Sparks, W. Thiele y R. Webwr. Por la categoría científica de los colaboradores enumerados, y por su procedencia de diversas confesiones cristianas, se desprende el rigor crítico de la nueva edición latina, así como su valía como preciosos instrumento de cara al ecumenismo.

Un apéndice final enriquece este nueva edición típica. Contiene dos decretos del Concilio de Trento en su Sesión IV, el *Sacrosancta ecumenica*, relativo al canon de las Escrituras, y el *Insuper eadem* sobre la edición y uso de los Libros Sagrados. Finalmente se reproduce el Prefacio de las tres primeras ediciones de la Vulgata, posteriores a Trento (1592, 1593 y 1598). De este modo se trata de conjugar la modernidad con la Tradición. En definitiva eso es lo que se ha pretendido con la Neovulgata: Aprovechar los adelantos de la ciencia bíblica actual, sin romper la continuidad con la Tradición multiseccular de la Santa Madre Iglesia.

Antonio GARCÍA-MORENO

José CABA, *Resucitó Cristo, mi esperanza. Estudio exegético*, Ed. Católica («BAC Normal», 475), Madrid 1986, XXXII + 407 pp., 12, 5 x 20.

El tema de la Resurrección de Jesucristo, como dice el a., «adquiere un relieve excepcional en la predicación de la Iglesia, en la fe y en la salvación de los fieles. Pero, junto con la importancia capital e influjo vital de la Resurrección de Jesús, existen graves dificultades que pueden oscurecer su luz e impedir que su acción salvífica se transmita» (p. XIII). Ya en los comienzos del cristianismo fue un hecho que encontró dificultades de aceptación por parte del mundo pagano, e incluso algunos apóstoles tuvieron sus vacilaciones al respecto. Su testimonio, una vez convencidos, fue valiente y constante, decidido y claro. Pero siempre tuvieron que afrontar diversos y numerosos obstáculos.

En una primera parte estudia el a. «La Resurrección de Jesús en la crítica exegética». Presenta una síntesis de las diferentes opiniones sobre la Resurrección, en especial durante los últimos tiempos. Se da una panorámica de las dificultades expuestas a partir del racionalismo filosófico, de la crítica de las fuentes y de la historia de las religiones. Así expone, analiza y critica las diferentes teorías de M. Goguel, R. Bultmann, W. Marxsen, X. Leon-Dufour y W. Pannenberg. Destaca los aspectos positivos y señala al mismo tiempo lo inadmisibles de lagunas de esas teorías. Así considera que «si la interpretación de Bultmann se considera en su conjunto, tiene elementos que la vician en su base. Hay una serie de presupuestos de orden filosófico y teológico que condicionan, ya en su mismo punto de partida, la interpretación bultmaniana sobre la Resurrección de Jesús. Hay ciertamente un deseo laudable de hacer comprensible al hombre de hoy el lenguaje del Nuevo Testamento. Pero en la raíz de la desmitologización existe la concepción filosófica que niega la analogía del ser» (p. 28). Al negar la posibilidad de una intervención divina en el mundo «se le quita a la fe todo soporte de realidad en que verificarse, ya que se la concibe como mero riesgo que se abandona a la palabra. Se establece una separación radical entre creer y comprender, entre fe y razón» (p. 29).

Aunque desde otra perspectiva, también Marxsen hace una separación radical entre fe y razón, «de tal manera que se desvanece si tiene un soporte en que descansa» (p. 41). De esa forma desaparece para Marxsen la realidad misma de la Resurrección de Cristo. Por otra parte, este autor «comete un tránsito ilegítimo que no se da en los textos bíblicos. El interpreta las visiones de los discípulos como su venida a la fe; esta venida a la fe fundamenta, a su vez, según él, la misión que tienen los apóstoles; por último, el ejercicio de esta misión en la predicación es lo que respalda el término «Resurrección» de Jesús en cuanto que su obra continúa. Sin embargo, la dinámica que presentan los textos bíblicos es en sentido inverso; algo especial ha sucedido en Jesús, en la resurrección. El Resucitado se encuentra con los discípulos, son las apariciones. La consecuencia última es la fe y la misión de los discípulos» (p. 322).

La segunda parte de la obra, «La Resurrección de Jesús en los textos neotestamentarios», estudia los pasajes bíblicos que nos introducen en el misterio de este hecho fundamental y decisivo. No se trata «de un análisis de exégesis minuciosa», pero sí es un estudio bastante completo y variado donde el a. «pretende recoger de esos textos aquello que encierran de esencial en su núcleo más íntimo» (p. XV). De San Pablo se estudia 1 Cor 15, 3-8. Quizá hubiera sido conveniente ampliar el texto paulino y no limitarse prácticamente a la noticia que el Apóstol da sobre diversas apariciones. Los estudios dedicados a los Sinópticos y al IV Evangelio son más completos y amplios.

La tercera y última parte la dedica a «La Resurrección de Jesús en nuestra fe». Parte de la relación que existe entre el sepulcro vacío y las apariciones con la Resurrección misma. Termina con un capítulo dedicado al influjo que ejerce la Resurrección sobre cuantos creen en

Jesucristo, no sólo en el pasado, sino también en el presente y en el futuro. Tres índices completan la obra. Uno de textos bíblicos, otro de vocablos griegos «especialmente aludidos», y otro onomástico.

Cabe destacar la postura clara y decidida en favor de la realidad histórica del hecho de la Resurrección de Jesucristo. Así afirma que «el análisis de los textos bíblicos de las apariciones excluye una interpretación en mera subjetividad» (p. 319). Considera que aquellos que recurren a una alucinación colectiva tienen más dificultades en explicar ese fenómeno que la realidad del hecho que intentan paliar. «Todo pues, a juzgar de los mismos textos bíblicos, cierra el camino a un fenómeno de mera alucinación o febril fantasía como explicación de las apariciones» (p. 320). Hace la salvedad de que la realidad de las apariciones supone algo más de los que la mera percepción del hecho supone, recurriendo a una especial intervención divina que «hace se reconozca a Jesús en su dimensión de Señor» (p. 325). Esto no supone una deformación fantástica de los acontecimientos, sino una interpretación de los mismos, objetivamente comprobados. Se refiere también el a. a la distinción ya clásica entre los conceptos expresados por los términos alemanes *geschichtlich* e *historisch*, referidos a hechos reales pero no controlables experimentalmente, y a hechos reales y además comprobados. Así se podría hablar de «*sucesos reales, pero no históricos, sino meta-históricos o trans-históricos*. Estos elementos no comprobables pueden ser denominados de ese modo, puesto que no se niega su realidad; pues, aunque lo histórico es real, no se exige que todo lo real sea histórico.» (pp. 377-378). Sin embargo, en el caso de la Resurrección de Jesús, se inclina el a. a que esa terminología no se use, supuesto el riesgo de equívoco que implica en tan importante cuestión. «Por eso justamente hay quienes, aun admitiendo en su recto sentido la denominación de la Resurrección como 'no histórica', se oponen y desaconsejan su uso» (p. 378).

La Resurrección, por tanto, rebasa la Historia, pero es un hecho real estrechamente unido a esa Historia. «Esta vinculación se patetiza no sólo al formar un solo bloque con la muerte y sepultura, sino además al originar el gran acontecimiento histórico de la fe y nacimiento de la Iglesia» (p. 379).

En algún momento afirma el a. que la Resurrección de Cristo no puede ser, en cierto modo, prueba de nuestra fe. Es un hecho trascendente que exige por sí misma una actitud de fe. Por tanto, «la Resurrección misma, aun teniendo en cuenta su realidad concreta, no podrá ser para nosotros una verdadera prueba de nuestra fe, en cuanto que ella misma es objeto de fe» (p. 28). Por eso, dice el a. en otro momento, que «si solamente la fe puede adquirir seguridad, como afirma Pannenberg, cuando está construida sobre un dato históricamente verificado, entonces la fe no sólo pierde su autonomía al no basarse, en último término, en la palabra y autoridad de Dios, sino también debilita su propia certeza al no poseer sino la probabilidad que le puede proporcionar la investigación histórica. La fe, para poder subsistir, necesita ciertamente la realidad de aquello que cree; pero

también se afixia si esa realidad en que cree necesita necesariamente la dimensión histórica» (p. 77).

En el mismo sentido afirma luego que las apariciones que enumera San Pablo no prueban la Resurrección, sino que muestran la credibilidad de la Fe en esa Resurrección a través del testimonio de quienes han visto al Resucitado (cfr. pp. 315-318). Llega a decir que tampoco para los primeros testigos fueron las apariciones pruebas de fe en Cristo Resucitado (cfr. p. 333). Al final vuelve sobre la misma cuestión, aclarando un poco más su postura: «Los apóstoles y algún grupo privilegiado (1 Cor 15, 6-8), por el signo negativo del sepulcro vacío y por los signos positivos de las apariciones, quedaron ya orientados hacia la Resurrección de Jesús. Sin embargo, aún ellos, la aceptación del pleno sentido de la Resurrección, con todo lo que implica en Cristo, solamente la pudieron tener en actitud de fe. Ellos, para poder llegar a esta confesión de fe, necesitaron ser ayudados por el Resucitado, que les dio la comprensión de las Escrituras» (p. 384).

A pesar de todo eso, la Resurrección es prueba de nuestra fe. Al menos el hecho como tal. Así lo viene a defender San Pablo al afirmar que «si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, vana es vuestra fe» (1 Cor 15, 14). En este sentido afirma el Catecismo Romano que «fue necesario que resucitara... para que se confirmase nuestra fe» (I, 6, 12).

En relación con la Resurrección, habla de pasada de la vida eterna que sigue de inmediato a la muerte del hombre al decir que la «salvación continuará para siempre, porque aquellos que creen que Jesús murió y resucitó, Dios los llevará consigo, una vez que hallan muerto ellos también en actitud de adhesión al Resucitado (1 Tes 4, 17)» (p. 390). Habría sido conveniente tratar con más detenimiento esta cuestión, supuesta su íntima conexión con la Resurrección, así como por el hecho de que algunos autores actuales niegan de alguna forma la vida gloriosas con Cristo de aquellos que al morir, tras el juicio particular, son hallados dignos de entrar ya en el Reino. En conjunto es una obra sería, aunque supone en el lector cierta preparación bíblica y teológica.

Antonio GARCÍA-MORENO

William G. MOST, *Free From All Error*, Franciscan Marytwon Press, Libertyville (Illinois 1985), 179 pp., 13 x 23.

El libro examina los principios tradicionales que rigen la investigación bíblica y algunos métodos corrientes de exégesis a la luz del Magisterio de la Iglesia, concretamente, de la Instrucción de la Pontificia Comisión Bíblica *Sancta Mater Ecclesia* y de la constitución dogmática sobre la Revelación Divina (*Dei Verbum*) del Vaticano II. Además, el Dr. Most hace una breve evaluación del método histórico-